

ACERCA DE LO IMPREVISTO, INÚTIL E INVIABLE*

Juan Claudio Acinas
jacinas@ull.es

RESUMEN

De paradoja en paradoja, de la utilidad de lo inútil y la posibilidad de lo imposible, este artículo nos lleva a considerar *la ley de la tasa creciente de viabilidad*, según la cual, algo que en un momento dado es considerado inviable será viable en otro momento distinto, siempre que se considere posible cuando todavía es inviable. Acerca de lo que, obviamente, hemos de tener en cuenta otros factores y contratendencias, como ocurre con *la entropía ideológica o disipación gradual del inconformismo*.

PALABRAS CLAVES: Filosofía política, utopía, paradojas sociales, tendencias sociales, azar y probabilidad, cambio y viabilidad.

ABSTRACT

«On unforeseen, useless and non viable» From paradox to paradox, from usefulness to uselessness, and the possibility of the impossible, this paper formulates *the increasing rate of viability law*, according with something that is considered non viable during a certain moment will be viable in another different moment, with the condition that is considered possible when is non viable yet. On that, we have to bear in mind other factors and countertendencies, as it happens with *the ideologic entropy* or *the gradual dispersal of non conformism*.

KEY WORDS: Political Philosophy, Utopia, Social Paradoxes, Social Tendencies, Chance and Probability, Change and Viability.

1 ALQUIMIAS Y PARADOJAS

No existe ningún plan perfecto. No existe ninguna trama que pueda verse libre de imprevistos. Y un imprevisto existe siempre, un pequeño detalle que pone en peligro todo en el último momento, considerado irrelevante y olvidado, pero que de repente se convierte en la palanca que puede hacer saltar todo el mecanismo (Luther BLISSET)

En un libro bastante curioso, Mario Alonso Puig¹, médico especialista en cirugía general, nos recuerda que los profesores de Thomas Alva Edison, al poco tiempo de que iniciara su enseñanza formal, allá por 1851, llegaron a la conclusión





de que no tenía suficiente cerebro para continuar sus estudios primarios. Dándose, como se puede apreciar, el hecho extraordinario, que habría que interpretar en todas sus implicaciones, de que alguien que durante su vida fue capaz de inventar más de mil patentes —entre ellas, la lámpara eléctrica, el micrófono, la batería alcalina, el audífono y la máquina de escribir—, sus maestros lo consideraron un «retrasado» y sólo pudo permanecer tres meses en la escuela. Es probable que todos conozcamos algún caso parecido, quizá menos llamativo o extremo, pero, en esencia, similar, como ocurrió, por mencionar otros ejemplos, con Francis Scott Fitzgerald, Winston Churchill o John Cheever. Porque, por algún extraño capricho de la fortuna, en demasiadas circunstancias, muchas de nuestras más seguras predicciones, elaboradas a partir de fríos cálculos de utilidad, se van simplemente al garete, volviéndose por completo inútiles². Del mismo modo que, a la inversa, asistimos muchas veces también a la inmediata realización de algún que otro proyecto que, *a priori*, hubiéramos jurado una y mil veces que era totalmente imposible y, por supuesto, nada práctico. Algo que, sin duda, mantiene una estrecha conexión con aquello que nos recordara Max Weber cuando, en su célebre conferencia de 1919, afirmó que «la acción política guarda una relación absolutamente inadecuada, y frecuentemente incluso paradójica, con su sentido originario». De tal modo que «no solamente el curso de toda la historia universal sino también el examen imparcial de la experiencia cotidiana» nos están mostrando que de lo bueno no siempre resulta únicamente el bien, ni de lo malo sólo el mal³. Pues, qué duda cabe, más allá de las intenciones siempre surgirá con cada acción social o política algún que otro efecto perverso, imprevisto o no deseado. Como cuando Bernard Mandeville creyó demostrar que eso que llamamos *vicio* es el principio que hace de nosotros seres sociables, que las bendiciones de una sociedad residen en los *pecados* o *flaquezas* de quienes, espontáneamente y sin saberlo, contribuyen a que, en su conjunto, sea un paraíso de prosperidad, armonía y fortaleza, y que, por tanto, los vicios privados, mediante una hábil dirección —y, habría que añadir, dentro de unos límites muy específicos—, pueden transformarse en beneficios públicos. O cuando Adam Smith, al tirar de

* Una versión resumida de este artículo se encuentra en la revista *Disenso*, núm. 47, 2005, pp. 50-51.

¹ Cf. M. ALONSO PUIG, *Madera de líder*, Barcelona, Empresa Activa, 2004, pp. 60-61.

² Algo parecido cabría decir de los grandes sistemas teóricos. Acerca de los cuales, E. CANETTI —*Apuntes*, Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 2000 (1999), pp. 34-35— anotó: «La aversión contra los sistemas nace de una sensación de pérdida. Siempre se pierde algo cuando un sistema se cierra. Lo que éste rechaza suele ser, luego, lo más importante». Sea como fuere, si trata de poner un ejemplo de predicción fallida, podríamos recordar, con M. WOLF —*La Vanguardia*, 15 julio 2006—, que «en los sesenta, el premio Nobel Gunnar Myrdal predijo que Asia no levantaría cabeza, y hoy es la región más pujante del mundo!».

³ En esta misma línea, se manifiesta, con resonancias weberianas, uno de los personajes que H. MURAKAMI nos presenta en su *Crónica del pájaro que da cuerda al mundo* —Barcelona, Tusquets, 2005 (1994), p. 598—, cuando dice: «El mundo de la política, señor Okada, se parece a la alquimia. He visto varios casos en los que deseos groseros e indecentes han dado como resultado maravillas. Y he sido testigo también de casos a la inversa. O sea, aquellos en que principios nobles acaban generando resultados podridos».

una hebra similar, recurrió a la metáfora de la *mano invisible* para justificar cómo la actividad económica de individuos que, de manera egoísta, sólo piensan en sus propias ganancias termina por afianzar a la sociedad entera y por promover un bienestar común que resulta ser una consecuencia no querida o imprevista, ya que, al perseguir su exclusivo interés, no figuraba entre sus propósitos iniciales servir, al mismo tiempo, los intereses generales de los pueblos⁴. O, para situarnos en un terreno bien distinto, cuando comprobamos que la excesiva preocupación de un gobierno por la seguridad lo lleva, bajo algunas circunstancias, a proclamar el estado de urgencia, que en sí mismo termina por derivar en un estado de excepción permanente. El cual contribuirá, mal que le pese, a alimentar los afanes de los distintos sectores que se oponen al poder, la fluidez de las energías de las diferentes redes de resistencia y libertad.

Y todo eso, sin entrar ahora en ese otro asunto, más personal, tan fortuito y reiterado, por el cual algunos de los mayores obstáculos que se interponen, a corto plazo, en nuestra felicidad se transforman, a medio o largo plazo, en los principales vehículos que, en muchas situaciones, la favorecen. Es el caso de Kenzaburo Oé, premio Nobel de literatura de 1994, quien hace ya algún tiempo declaraba que «quizá si hubiera nacido [guapo y] con otras orejas, no sería escritor». O es de lo que nos habla Fernando Krahn, dibujante humorístico, quien, pensando en su propia vida, afirmaba que «a veces, circunstancias crueles hacen que tú des un salto positivo»⁵. Aunque, evidentemente, las cosas no tienen por qué transcurrir siempre así. Y muy bien pudiera suceder que algún resbalón del ciego azar nos empuje menos favorablemente en el momento más inesperado o menos oportuno. Como sucedió, por ejemplo, en 1599, al rey de Birmania, Naandabayin, quien se murió por no contener la risa después de escuchar a un comerciante italiano que le informó que Venecia estaba organizada en torno a un Estado republicano, que era libre y se mantenía sin ningún rey⁶. Lo cual, en cualquier caso, no hace sino dejar cierto espacio a ese indeterminado «yo no sé qué» pascaliano, a esa «tan poca cosa que no se le puede reconocer, [pero que] remueve toda la tierra, los príncipes, los ejércitos, el mundo entero». En suma, algo, *ce je ne sais quoi*, que se halla entre lo fortuito y la nimiedad, y que nos permite intuir que «si la nariz de Cleopatra hubiera sido más pequeña, toda la faz de la tierra habría cambiado»⁷. Y, para ilustrar esta idea, baste

⁴ Cf. B. MANDEVILLE, *Fábula de las abejas, o los vicios privados hacen la prosperidad pública*, México, FCE, 1982 (1729), pp. 14-15 y 248; y A. SMITH, *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, México, FCE, 1984 (1776), p. 402.

⁵ Entrevistas de I. SANCHÍS a K. OÉ y a F. KRAHN, *La Vanguardia*, 15 de abril de 2004 y 18 de febrero de 2005. Precisamente, F. KRAHN y M.^a DE LA LUZ URIBE nos cuentan en un precioso libro, *Historia del uno* —Barcelona, Destino, 2005—, cómo el número uno, triunfador pero solo y aburrido, busca un amigo con el que jugar. Al inicio de su andadura, se encontrará con el cero, al que dirá: «Tú no eres nadie [eres inútil], no juego contigo». Sin embargo, tras intentarlo infructuosamente con el resto de números, volverá a reunirse con el cero, por lo que «los otros números, / al verlos tan bien, / suben a encontrarlos, / pues forman el diez».

⁶ Cf. B. SCHOTT, *Miscelánea general de Schott*, Barcelona, El Aleph, 2004 (2003), p. 50.

⁷ B. PASCAL, *Pensamientos*, Madrid, Alianza, 1981(1662), pp. 125-126.



tener en cuenta que de no ser por el cúmulo de pequeños sucesos (el robo de un bote ballenero, el secuestro de cuatro indios fueguinos y el comportamiento de éstos en Inglaterra) que llevaron al capitán Robert Fitzroy a emprender un segundo viaje a la Tierra del Fuego, en 1831, y a necesitar para ello un naturalista que le acompañase, de no ser por todo eso y unas cuantas cosas más, Charles Darwin «podría haber sido un simple clérigo rural, defensor del Génesis y coleccionista de escarabajos en su tiempo libre», y difícilmente hubiera cambiado, «de manera tan profunda, el modo en que pensamos sobre nosotros mismos»⁸. Respecto a lo cual, por lo que hace a las causas complejísimas que se encuentran detrás de la investigación científica, cabe mencionar al físico Sheldon Lee Glashow⁹, quien ha hablado bastante del *serendipity*, esto es, del papel del azar en la ciencia.

2

UTILIDAD DE LA INUTILIDAD

Era una época en que los hombres apreciábamos todavía las cosas insignificantes y sabíamos coleccionar objetos viejos, recomponerlos, cuidarlos, acariciarlos y hablarles como si fuesen gatos. El amor de los objetos rotos es el amor de la diáspora: los emigrantes, los gitanos, los judíos, que aprovechan las cosas que otros ya no quieren [...] Lo último que va quedando vivo en las ciudades son sus muertos: los pobres, los marginados, los emigrantes, los mendigos [...]. Debe ser que el alma es cosa de pobres muy pobres, o locos muy locos (Mauricio WIESENTHAL).

Ahora bien, lo que sorprende, para no apartarnos demasiado del núcleo del tema, es que vivimos en un mundo que, por un lado, idolatra como nunca se ha hecho hasta ahora la eficacia, la eficiencia, la racionalidad y la utilidad, mientras que, por otro, si lo juzgamos desde dentro de su fundamentalismo economicista, productivo e instrumental, nos muestra un rostro irracionalmente racionalizado, a rebosar de lujos y artefactos, de utilitarias inutilidades, aunque incapaz de resolver los problemas más graves que, como el hambre, la pobreza, la guerra o ese enorme agujero en la capa de ozono, asolan gran parte de la humanidad. A esta situación es a la que Max Horkheimer se refería, en su *Crítica de la razón instrumental*¹⁰, al

⁸ P. NICHOLS, *Darwin contra Fitzroy. El dramático enfrentamiento de dos mundos a bordo del Beagle*, Madrid, Temas de Hoy, 2004 (2003), pp. 135 y 107. Tanto el título como el subtítulo en español no reflejan bien que el protagonismo de la narración no es simétrico, ni que el mencionado enfrentamiento se produjo después de que Darwin y Fitzroy regresaran a Inglaterra. El título original es: *Evolution's Captain*. Sin embargo, la editorial, Harper COLLINS, ha subtitulado el libro de forma diferente según se trate de la edición *hardcover* (*The Dark Fate of the Man Who Sailed Charles Darwin Around the World*) o la *paperback* (*The Story of the Kidnapping That Led to Charles Darwin's Voyage Aboard the Beagle*).

⁹ En unas recientes declaraciones —*La Vanguardia*, 1 julio 2006—, S. Lee Glasgow explicaba cómo la sacarina se descubrió cuando, en 1879, se estaba buscando un nuevo insecticida.

¹⁰ Cf. M. HORKHEIMER, *Crítica de la razón instrumental*, Buenos Aires, Sur, 1973 (1947).



denunciar a una civilización, como la nuestra, donde justo en la misma medida que los cálculos del ser humano se han vuelto sutiles y sofisticados respecto a los medios, ese mismo ser humano se ha vuelto proporcionalmente torpe en la elección de sus fines. Motivo éste más que suficiente para que «la denuncia de aquello que actualmente se llama razón constituya el servicio máximo que pueda prestarse a la razón». Un triste absurdo muy parecido al señalado literariamente, entre nosotros, por Félix de Azúa, quien en su prólogo al que fuera el primer libro de Juan Benet¹¹ nos hablaba acerca de cómo «en las costas se alzan los rascacielos para ver cómodamente la playa y el mar, pero al precio de destruir la playa y el mar que pretenden contemplar». Una paradoja, asimismo, similar a la que percibimos en el hecho de que, según la Organización Internacional del Trabajo, los británicos y los españoles, por un lado, son los europeos que pasan más tiempo en su puesto de trabajo mientras que, por otro, tienen unas de las tasas por hora más bajas de productividad. O en el hecho, apuntado recientemente por Carl Honoré¹², de encontrarnos bajo el torbellino de un turbocapitalismo capaz de generar una gran riqueza material, aunque al coste de devorar recursos naturales con una rapidez muy superior a aquella con la que la naturaleza puede reemplazarlos. Algo que, entre otros muchos datos, podemos observar en la forma que la selva amazónica va desapareciendo poco a poco, a un ritmo tan rápido que, según se estima, la suma de árboles talados conlleva un incremento del 25% de CO₂ en la atmósfera, ya que los árboles que quedan no son capaces de transformar todo el dióxido de carbono, de modo que difícilmente se puede contrarrestar el incremento constante del efecto invernadero¹³.

En relación con todo eso, una de las cosas que, precisamente, nos muestra el *dilema del prisionero* es que, curiosamente, si nos guiamos por una racionalidad competitiva y de miras cortas, de diámetro pequeño, la solución alcanzada nunca será satisfactoria y siempre resultará subóptima. Porque, en tales casos, siempre podremos atisbar un marco alternativo bajo el cual la situación de algunos grupos o individuos mejore sin que la de ninguno llegue a empeorar. Así, nos encontramos con que, mientras que lo óptimo para todos es no agredir o colaborar, cada cual, al estar atrapado en las redes de su interés egoísta, decide no hacerlo, lo que inevitablemente conduce a pérdidas personales y al desastre común. Amartya K. Sen ha denominado a tales individuos «tontos racionales», «casi retrasados mentales desde el punto de vista social»¹⁴. Y esto, a causa de las consecuencias destructivas de ese comportamiento *puramente* económico. Un comportamiento sin inconsistencias en la adopción de sus elecciones personales, pero guiado rígida y únicamente por la maximización de su función de utilidad, de sus propias ganancias, de su beneficio exclusivo. De ahí que, en múlti-

¹¹ J. BENET, *Nunca llegarás a nada*, Madrid, Debate, 1990 (1961), p. v.

¹² C. HONORÉ, *Elogio de la lentitud*, Barcelona, RBA, 2005 (2004), p. 14.

¹³ *La Vanguardia*, 22 octubre 2005.

¹⁴ Cfr. A.K. SEN, «Los tontos racionales: una crítica de los fundamentos conductistas de la teoría económica» (1976), en F. HAHN y M. HOLLIS (comps.), *Filosofía y teoría económica*, México, FCE, 1986, pp. 172-217. Cfr., también, J.F. ÁLVAREZ, «¿Es inteligente ser racional?», *Sistema*, núm. 109, 1992, pp. 73-91.



ples ocasiones, la forma más segura de no ser racional ni eficaz es tratar de serlo a toda costa. Y de ahí que, por ejemplo, cuando hablamos de conflictos bélicos y los consideramos a largo plazo, ganar militarmente *ahora* equivale muchas veces a perder económica, política o culturalmente *después*. Tal vez por eso Günter Grass, para recordarnos un ejemplo, escribió: «La revolución se inventa, como elixir para sus esfuerzos, la contrarrevolución permanente: de Kronstadt a Praga, la revolución de Octubre fracasó entre éxitos militares y restauró las estructuras de dominio tradicionales»¹⁵.

Todo lo cual, tal y como está el mundo, creo que, aunque sólo sea para atrevernos a transitar por caminos diferentes, debería llevarnos a reconsiderar aquella vindicación de *la utilidad de la inutilidad* que el taoísmo tantas veces ha sabido plantear. ¿A qué otra cosa se podía referir Lao-Tzu cuando proclamaba que había que intentar lo difícil en lo fácil, que había que realizar lo grande en lo menudo, y que nada puede superar al agua, que es blanda y suave, en el combate contra lo fuerte y lo duro? Por su parte, Chuang-Tzu, frente a la crítica de que sus enseñanzas no tenían ningún valor práctico, se apresuraba a responder que «sólo los que conocen el valor de lo inútil pueden hablar de lo que es útil», y no tenía mayor inconveniente en compararse con un árbol viejo en torno al que es posible pasear apaciblemente o descansar bajo su sombra, y al que, por estar tan lleno de nudos y ser tan retorcido, ni un solo carpintero se dignará a mirar y nadie lo cortará jamás. En tal sentido, se debe constatar la permanencia del budismo durante más de dos mil quinientos años, incluso, su vigencia actual en Occidente, y justo «a causa de su adaptabilidad, de una flexibilidad acorde con su énfasis en la impermanencia y la vacuidad (la ‘ausencia del yo’ de todas las cosas)»¹⁶. No sorprende, entonces, que Henry D. Thoreau¹⁷, tan influido como estaba por las filosofías orientales, afirmara de sí mismo que no disfrutar de ninguna ventaja particular era su mayor ventaja.

Y, para ilustrar aún más estas ideas, baste pensar que durante siglos, en las universidades del mundo entero, y en muchos otros sitios, no se ha dejado de admirar el desafío de Sócrates, quien curiosamente no se molestó en publicar una sola línea y cuya actitud durante el juicio al que fue sometido, e incluso después de él, algunos de sus propios discípulos y amigos consideraron por completo ineficaz. Seguramente, por situaciones como esa, fue por lo que Hermann Hesse no cesó de reiterar la pertinacia de quienes —intelectuales, poetas, soñadores y locos—, entre el estruendo de cañones y altavoces, aceptan la *inutilidad* de sus acciones, su ridiculez, y están dispuestos a protestar contra lo general, a «defender su fe y su conciencia contra el mundo entero, contra cualquier mayoría y autoridad»¹⁸. Algo que nos

¹⁵ G. GRASS, *Artículos y opiniones (1955-1971)*, Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 2004, p. 562.

¹⁶ LAO-TZU, *El libro del Tao*, Madrid, Alfaguara, 1994, pp. 53 y 87; O. PAZ, *Chuang-Tzu*, Madrid, Siruela, 1997, p. 25; T. MERTON, *Por el camino de Chuang-Tzu*, Madrid, Visor, 1978, pp. 37-38; y D. LOY, *El gran despertar. Una teoría social budista*, Barcelona, Kairós, 2004 (2003), p.34.

¹⁷ Cf. A. CASADO DA ROCHA, *Thoreau. Biografía esencial*, Madrid, Acuarela, 2005, p. 35.

¹⁸ Cf. H. HESSE, *Escritos políticos 1932-1962*, Barcelona, Bruguera, pp. 65, 218 y 222. La defensa de la *pertinacia* en Hesse tiene uno de sus correlatos literarios en Vilém, el abuelo del prota-

lleva a las tesis que, actualmente, defiende de manera tan provocativa Corinne Maier, al cuestionar esos grotescos artefactos burocráticos que son las empresas, y, con ello, evidenciar la superstición de lo útil y defender que lo inútil es lo verdaderamente humano, lo más maravilloso, lo mejor que podemos ser. «Convértete en un inútil, un elemento prescindible, un ser eternamente fuera de la norma e impermeable a las manipulaciones —ha escrito—. Vuélvete el grano de arena que entra en la maquinaria, la anomalía que desafía a la homogeneidad. De este modo, escaparás a la implacable ley de la utilidad»¹⁹.

Es evidente que, más allá de tan provocadoras afirmaciones —como la convicción manifestada en su día por Witold Gombrowicz de que «lo imperfecto es superior a lo perfecto (puesto que es más creador)»²⁰—, lo que en ellas nos encontramos es con la manifestación de un escepticismo, que, desde siempre, parafraseando al economista Ezra J. Mishan, ha implicado tanto un desafecto crítico hacia cualquier tipo de gobierno como uno de los mejores sustentos del individualismo libertario. Precisamente, ese mismo autor, en un libro excepcional acerca de las falacias económicas más comunes²¹, nos recuerda que es un craso error considerar que el crecimiento económico —tan dependiente de todo lo que es aparentemente útil y productivo— sea necesario para eliminar la pobreza o bien para enriquecer al conjunto de la sociedad. Por el contrario, tal mito, a su juicio, opera como una densa cortina de humo que oculta el dato incontrovertible de que, hoy día, el que no se proporcione más ayuda a los sectores pobres de

gonista de la hermosa novela de B. HRABAL, *Trenes rigurosamente vigilados* —Barcelona, Muchnik, 2000 (1965)—. Aquel trabajaba en circos pequeños como hipnotizador y, cuando los nazis cruzaron la frontera de Checoslovaquia, fue a detener los tanques que avanzaban con lo único de que disponía, la fuerza de su pensamiento. Así, con los brazos estirados, se dirigía a la avanzada de aquellos ejércitos motorizados para infundirles la idea de que se fueran: «dad la vuelta y regresad», les decía con sus ojos fijos, «dad la vuelta y regresad, dad la vuelta...». En la realidad, alguien no menos quijotesco fue el pacifista J. Runnings, que falleció en mayo de 2004 a la edad de 86 años. Era conocido como *Mauerlaeufer* y *Wall Runner*, por sus espectaculares protestas contra el muro de Berlín, además de por exigir que se declaren ilegales tanto los conflictos armados como los pasaportes.

¹⁹ Cf. C. MAIER, *Buenos días, pereza*, Barcelona, Península, 2004, p. 115; y la entrevista con V.-M. Amela que apareció en *La Vanguardia*, 10 de diciembre de 2004. Por lo demás, ya a mediados del siglo XIX —cf. I. BERLIN, *Pensadores rusos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979, p. 367—, Alexander Herzen, en contra de esa obsesión utilitaria, planteaba: «¿De qué sirve a la flor su brillante y magnífica frescura? ¿O su aroma inolvidable, puesto que habrá de pasar?... Absolutamente de nada. Pero la naturaleza no es tan avara. No desdeña lo que es transitorio, lo que sólo es presente. En cada punto logra todo lo que puede lograr... ¿Quién censurará a la naturaleza porque las flores nacen en la mañana y mueren en la noche, porque no ha dado a la rosa y al lirio la dureza del pedernal? Y este miserable y pedestre principio tratamos de transferirlo al mundo de la historia... Yo prefiero pensar en la vida, y por tanto en la historia, como una meta alcanzada, no como un medio hacia otra cosa».

²⁰ W. GOMBROWICZ, *Testamento. Conversaciones con Dominique de Roux*, Barcelona, Anagrama, 1991 (1968), p. 66.

²¹ Cf. E.J. MISHAN, *Falacias económicas populares*, Barcelona, Ariel, 1974 (1969). Asimismo, podemos ver diversos ejercicios del escepticismo crítico de Mishan en el conjunto de artículos que componen su libro *Economic Myths and the Mythology of Economics*, New Jersey, Humanities Press International, 1986.





la población, se debe exclusivamente a un asunto de decisión y voluntad políticas. En consecuencia, no hay nada de «necesidad económica» en ello y sí, en cambio, la oposición consciente a emplear, por sugerir algo, un principio de selectividad en la distribución de los servicios de asistencia social, mediante el cual los beneficios deberían ser recibidos por quienes forman el núcleo central de eso que, a veces, se llama «bolsas de pobreza». E igualmente ficticia, en opinión de Mishan, es esa otra creencia, tan extendida, en que un incremento del ingreso real *per cápita* a lo largo del tiempo lleva consigo un incremento del bienestar de la comunidad. Y no es así, plantea, por una parte, porque un resultado nada desdeñable de la actividad económica —del proceso de hacer asequibles al consumidor más bienes artificiales— consiste en una perversa proliferación de *males* —más humo, más ruido, más radiactividad, más desequilibrios físicos y mentales— y en una arbitraria privación de *bienes* —salud, paz, tranquilidad, naturaleza— que en algún momento anterior sí que pudimos disfrutar. Y, por otra parte, porque en ese proceso, por el que se incita a la gente a aumentar sus ingresos de forma que pueda obtener más productos de la industria moderna, se le hace sentir insatisfecha con lo que tiene y se le incita compulsivamente a consumir. De modo que, cabe concluir, aunque se eleve continuamente el flujo de bienes y servicios de casi todas las personas del mundo occidental, simultáneamente, asimismo, su insatisfacción y malesstar crecerán más deprisa.

Una conclusión ésa a la que, posteriormente, llegó también Tibor Scitovsky al mostrar cómo, en ocasiones, el aumento de ingresos económicos lejos de ir acompañado de mayores fuentes de satisfacción, suele ocultar una *reducción* de las mismas. Tal es así que, según se estima, a partir de, aproximadamente, 10.000 dólares anuales de renta per cápita deja de existir una relación directa entre el nivel de ingresos y el grado de bienestar. Y esto con la descorazonadora consecuencia de que no sólo «obtenemos y pagamos más comodidad que la necesaria para la buena vida», sino que, de hecho, «algunas de nuestras comodidades eliminan algunos de los disfrutes de la vida»²².

He aquí, por tanto, el sentido del sinsentido, tal como le gustaba decir a John Cage.

3

POSIBILIDAD DE LO IMPROBABLE

No se puede prever qué encuentros nos estarían destinados si estuviéramos menos dispuestos a dormir (Walter BENJAMIN)

En cierto modo, todo lo anterior, ese asunto de que lo que tenemos por inútil deja de serlo con demasiada frecuencia, está relacionado con las fronteras que se supone que separan lo posible de lo imposible, aunque mejor sería decir que lo

²² Cf. T. SCITOVSKY, *Frustraciones de la riqueza. La satisfacción humana y la insatisfacción del consumidor*, México, FCE, 1986 (1976).

diferencian de lo improbable. Fronteras que son menos nítidas y más borrosas de lo que muchos acostumbran a creer.

Baste pensar que, tan sólo en relación al mundo físico, casi sin darnos cuenta, hemos llegado a aceptar como *normal* una situación que, sin embargo, tiene mucho de excepcional, de atípica y extraordinaria. Porque, de acuerdo con lo que nos muestra la termodinámica²³, tanto la formación de las estrellas como el nacimiento de la vida o la existencia del ser humano sobre la tierra suponen, precisamente, la presencia de islotes estacionarios (neguentrónicos) de orden y organización que son muy poco probables en medio de un océano (entrópico) de caos espontáneo, esto es, de desorden material irreversible, de dispersión y degradación energéticas, que, dado su carácter universal y creciente, goza de mucha mayor probabilidad. De igual manera que «cuando se produce un sonido es mucho más probable que éste sea un *ruido* que una *nota musical*». No por casualidad, justamente, Richard Dawkins ha echado mano de la parábola del monte Improbable con el fin de, a partir de una evolución acumulativa, lenta y gradual —basada en la supervivencia adaptativa no aleatoria de cambios hereditarios aleatorios—, explicar la sorprendente combinación de sofisticada perfección e improbabilidad astronómica, «cuyo epítome son los ojos y las moléculas enzimáticas»²⁴, que podemos encontrar en los seres vivos.

En otro sentido, atendiendo ahora a los lastres estadísticos que no sólo reflejan, sino que también dificultan o frenan la dinámica propia del mundo social, vemos con frecuencia cómo se confunde posible con permisible. Y, junto a eso, cómo se suele olvidar que el campo de lo posible es mucho más extenso de lo que solemos creer y que, por ello, la pasión, la fe o la voluntad son las fuerzas que amplían constantemente los límites de ese campo. «Todos los días vemos realizarse cosas que no podían ni imaginarse el día anterior —escribió Gandhi—. Lo imposible no deja de ceder terreno a lo posible». O, como observaba no hace mucho el subcomandante insurgente Marcos, «¿qué transformación social en la historia del mundo no fue utopía la víspera?». Y es que, como supo ver Elias Canetti²⁵, depende de nuestra fantasía «crear las premisas para nuevos descubrimientos, que quizá demuestren ser contrapeso de lo devastador ya conocido».

De ahí que, respecto al fenómeno de la transformación social, ya está a nuestro alcance formular una nueva ley, *la ley de la tasa creciente de viabilidad*, según la cual algo que es inviable en un momento dado resultará viable en otro distinto sólo si se considera posible en el momento en que todavía es inviable. O, para

²³ Cf. E. MORIN, *El método. La naturaleza de la naturaleza*, Madrid, Cátedra, 1981 (1977); P.W. ATKINS, *La segunda ley*, Barcelona, Prensa Científica, 1992 (1984), y *El dedo de Galileo. Las diez grandes ideas de la ciencia*, Madrid, Espasa-Calpe, 2003; y G. SHAPIRO, *Física sin Matemáticas*, Madrid, Alhambra, 1981 (1979).

²⁴ Cf. R. DAWKINS, *Escalando el monte Improbable*, Barcelona, Tusquets, 1998 (1996).

²⁵ E. CANETTI, *op. cit.*, p. 40. Por su parte, H. Read, bastante antes, escribió: «Todo cuanto hay de valioso en la historia humana —las grandes realizaciones de la física y de la astronomía, de la medicina, de la filosofía y del arte, de los descubrimientos geográficos— ha sido obra de los extremistas. De quienes creyeron en lo absurdo, se atrevieron a intentar lo imposible y, de cara a la reacción, gritaron: *eppur si muove*».





decirlo de otra manera, algo que es inviable que ocurra en un momento dado resultará viable en otro distinto tan sólo si eso que hoy algunos tienen por inviable se acepta por otros como una meta política posible, se lo desea de forma sincera y razonable, y se persigue de manera intencional con una voluntad tenaz a través de una acción inteligente. Se trata de una ley o tendencia, sometida también obviamente a la reacción de otras contratendencias —como es la que, según lo visto más arriba, podemos llamar de *la entropía ideológica* o, también, de *la disipación gradual del inconformismo*²⁶— que la pueden frenar. Una ley aquella en torno a la que existen ya numerosas opiniones y bastantes hechos que día tras día no hacen otra cosa que avalarla. Opiniones, aparte de las ya citadas, como la de William James, quien en 1907 se preguntaba «¿qué *clase* de razón puede haber para que algo acontezca?». A lo que inmediatamente él mismo respondía: «Invóquese como se quiera la lógica, la necesidad, las categorías, lo absoluto y el contenido de toda la fábrica filosófica. La única razón *real* que se me ocurre de que pueda suceder algo es que *haya alguien que lo desee* [...]. Es ésta una *razón viva*, y comparadas con ella, las causas materiales y las necesidades lógicas son cosas espectrales»²⁷. Lo cual sintoniza bastante bien con la hipótesis de que, a partir de fenómenos como el que se llama «efecto de las expectativas del experimentador», es posible que «tal vez pueda influir la mente en las probabilidades de acontecimientos de índole probabilística, no rígidamente determinados de antemano»²⁸.

¿Hechos? Bueno, los hechos nunca hablan por sí solos. Lo que no obsta para afirmar que, a partir de su interpretación desde una perspectiva como la expuesta más arriba, podamos encontrar, a lo largo de la historia, cientos de ellos o, si se prefiere, de evidencias empíricas que convalidan y confirman dicha ley. Por ejemplo, la expansión del cristianismo a partir de sólo doce apóstoles, la del Islam con un único profeta o la pervivencia de los judíos tras la destrucción de Jerusalén, tras la diáspora y el holocausto. Precisamente, tal y como expone Alain Finkielkraut, el nazismo deshonró tanto al antisemitismo que, al menos durante cincuenta años, ha operado como un escudo (obviamente, no deseado) que ha terminado por proteger

²⁶ Esta otra ley, la de *la entropía ideológica* o de *la disipación gradual del inconformismo*, como resulta evidente, da cuenta de ese fenómeno por el que alguien que se considera anarquista o comunista cuando tiene 18 o 20 años empieza a entrar en razones socialdemócratas apenas cumplido los 30, tras lo cual, con la crisis de los 40, el ultraliberalismo le parece de lo mejor hasta que llega a convencerse de las virtudes del conservadurismo en cuanto que, con los 50, las nieves del tiempo platean su sien. Y todo esto con la salvedad de que, cada vez con más frecuencia, ese proceso degenerativo se ve bastante desarrollado desde muy temprano, desde la más acrítica adolescencia y consumista juventud.

²⁷ W. JAMES, *Pragmatismo*, Buenos Aires, Aguilar, 1954 (1907), p. 234 (una edición más reciente y accesible es la de R. del Castillo, en Madrid, Alianza, 2000). Apenas, unos cuantos años más tarde, en el mismo contexto norteamericano, F. SCOTT FITZGERALD escribiría en *The Great Gatsby* —London, Penguin, 1990 (1925), p. 93—: «No existe fuego ni frescura capaz de desafiar a lo que un hombre es capaz de almacenar en su fantasmal corazón».

²⁸ R. SHELDRAKE, *Siete experimentos que pueden cambiar el mundo*, Barcelona, Paidós, 1995 (1994), p. 214.

a los judíos de las persecuciones que durante su historia han padecido²⁹. Asimismo, hemos de recordar las demandas de las sufragistas en Inglaterra, la emancipación de la India por medios no violentos e, igualmente, la conquista de los derechos civiles en los años sesenta, a partir, es preciso anotar, del revulsivo que supuso la simple negativa de Rosa Lee Parks a ceder su asiento a un hombre blanco en un autobús de la ciudad de Montgomery (Alabama), donde una ley segregacionista obligaba a los negros a dejar sus asientos a los blancos cuando no quedaban más sitios disponibles en el autobús. O, para referirnos a hechos más recientes, cabe mencionar el heroísmo, inútilmente útil, de Julia Hill, abrazada durante dos años a la copa de un árbol, *Luna*, impidiendo con ello que fuera talado³⁰. O la tenacidad del movimiento de objeción de conciencia y de insumisos en España para conseguir que el servicio militar ya no sea obligatorio. O la posibilidad de que se ponga fin a la pena de muerte en Nigeria, propiciado fundamentalmente por la avalancha de millones de cartas que, auspiciadas por la sección española de Amnistía Internacional, han exigido libertad para Amina Lawal y Safiya Husaini³¹. O que, gracias también a la movilización internacional, el Tribunal Supremo de EEUU haya anulado la ejecución de menores, la mitad de las cuales se llevaba a cabo en ese país desde 1990.

En suma, son demasiados los indicios que apuntan en una misma dirección que no se debe ignorar por más tiempo. Quienes ayer fueron condenados por desafiar a cualquier ortodoxia reinante hoy se les reconoce como libertadores y benefactores de la humanidad. Y es que, digan lo que digan los agoreros de distinto signo o pelaje, con su estrecha mentalidad de contable, si te empleas a fondo por recoger los fragmentos de algún sueño roto, si caminas con firmeza o incluso titubeando, pero,

²⁹ Cf. A. FINKIELKRAUT, *En el nombre del Otro*, Barcelona, Seix Barral, 2005. Es curioso cómo semejante situación da lugar a nueva paradoja, pues la existencia del Estado fortaleza de Israel, junto con sus excesos en su lucha por la supervivencia, no sólo está alimentando a una nueva judeofobia, esta vez de izquierda, sino que, según advierte G. STEINER en diálogo con A. SPIRE —cf. *La barbarie de la ignorancia*, Barcelona, el Taller de Mario Muchnik, 2000 (1997), pp. 52-53—, parece que no consigue alumbrar los hitos culturales que la diáspora sí que originó.

³⁰ Acerca de J. Hill, cf. I. SANCHÍS, *El don de arder. Mujeres que están cambiando el mundo*, Barcelona, RBA, 2004. Se trata éste de un hermoso libro de entrevistas a muchas otras mujeres que, con su incansable esfuerzo, han contribuido y contribuyen, día a día, a que el mundo, por lo menos, no sea peor. Entre ellas, G. Naraine nos cuenta la siguiente historia: «Había un hombre en una playa. El mar traía muchos peces y los abandonaba sobre la arena. El hombre los iba devolviendo al mar. La gente le decía con cierto desprecio: 'Todo lo que está haciendo es inútil; ¿no ve que son miles y miles los peces agonizantes?'. El hombre, cogiendo un pez entre sus manos, respondió: 'Éste no morirá'. Y, por su parte, E. Sevgi Özdamar, señala: «A veces parece que la vida se haya detenido y se abre ante ti un gran agujero. Ése es el momento en el que hay que tener preparado un sueño para perseguirlo. La fuerza de los sueños y la ingenuidad, que lleva implícita cierto atrevimiento, son muy poderosos».

³¹ La labor de Amnistía Internacional puede que, también, a muchos parezca inútil, lenta o ineficaz. Sin embargo, en la defensa que, durante los últimos cuarenta años, ha realizado a favor de los derechos humanos, más de 30.000 personas han salido de la cárcel. Y ello gracias a la presión no violenta, masiva y constante, a la que justo se ha comparado con la acción del agua sobre la piedra, de una organización cuyo símbolo —una vela rodeada por un alambre de espinos— se inspiró en ese proverbio que dice: «Es mejor encender una vela que maldecir la oscuridad».



sea como fuere, orientado por la luz de alguna inmantada visión, hermosa aunque improbable..., entonces siempre, siempre llegarás a algo. Y es que no es bueno pasar por alto aquella primera norma del manual de vuelo de Peter Pan: «Piensa en cosas prodigiosas y ellas te levantarán en el aire». Porque las ideas son las que mueven al mundo. Porque los pensamientos poseen una energía aún difícil de calcular. Porque todo, o casi todo, está en la mente. De modo que, quizá, debamos tatuarnos con lo mejor que tengamos a mano, con ideales que merezcan la pena, que nos den alas y nos eleven más alto, muy por encima del arco iris en que ellas puedan estar. ¿Vale?

